

# ¡Observemos la *Semana Santa* antes de que cantemos *aleluya!*

Hemos entrado en la Semana Santa, y espero y oro que no saltemos de los hosannas del Domingo de Ramos directamente a los aleluyas del Domingo de Pascua. Es importante que a medida que recorremos esta semana, no solo veamos el increíble sacrificio y amor que Dios nos ha mostrado en Jesucristo, sino que veamos también toda la condición humana que se manifiesta durante esta semana.

Por supuesto que el domingo gritamos “hosanna” porque le damos la bienvenida al Mesías. ¿A qué Mesías damos la bienvenida? ¿El que queremos, o el que necesitamos? Y luego, al final de ese servicio del Domingo de Ramos, tomamos tiempo para escuchar que, en efecto, iremos al oscuro Getsemaní.

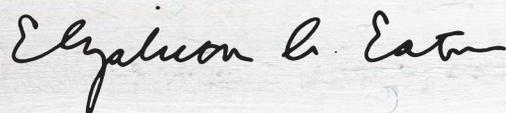
En mi antiguo sínodo teníamos la tradición de tomar el martes de Semana Santa como un tiempo y una liturgia especiales para nuestros pastores y diáconos, en el cual podían tomar tiempo para descansar y prepararse para la gran cantidad de eventos que se avecinaban. Renovaban sus votos. Recibían la Santa Comunión. Escuchaban la palabra y recibían aceite.

Luego nos movíamos al Jueves Santo. Un mandamiento que Jesús da es que “así como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros”. Y Jesús, como siervo, se inclina para lavar los pies de ellos y también nos da su Santa Cena, en la que su cuerpo es quebrantado y su sangre es derramada.

Y luego, el Viernes Santo, muy a menudo tenemos congregaciones que se ponen parte de la gente en la multitud cuando gritan: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” De hosannas a “¡crucifícale!”

Y luego [en] el Sábado Santo, este día que pienso que perdemos en nuestro propio detrimento — generalmente está tan lleno de preparativos para el día siguiente, que no tomamos tiempo para darnos cuenta de que Jesús descansó en la tumba. Que un corazón palpitante se detuvo. Que exhaló su último aliento y estuvo en este espacio. El día nos invita a entrar en ese espacio y a despojarnos de todas esas cosas que se interponen en el camino de nuestra comprensión y experiencia del amor de Dios en Cristo.

Muchas de nuestras congregaciones tienen servicios de vigilia pascual por la noche, y estos son maravillosos porque ahora, sin reservas, cantamos y decimos: “¡Aleluya!” Las luces vuelven a encenderse. Hay canto y regocijo mientras nos preparamos para la Pascua. Y luego, el domingo de Pascua, dejamos que suenen los aleluyas. Ahora sabemos que Dios nos ha encontrado en todo nuestro quebrantamiento y en todas las formas en que tropezamos, como lo entendemos tan claramente durante toda la narración de la Semana Santa. Y, aun así, Dios preferiría morir antes que perder a uno solo de nosotros. Y desde que Jesús ha muerto, él también ha resucitado, y se nos promete esta nueva vida. Esto nos da la fuerza, la esperanza y la capacidad de ser testigos de esta nueva vida, que en efecto la vida es más fuerte que la muerte. Así que canta “aleluya”, querida iglesia. Felices Pascuas.



La Rvda. Elizabeth A. Eaton, Obispa Presidente  
Iglesia Evangélica Luterana en América